

LITERATURA Y POLITICA EN EL IMAGINARIO SOCIAL

Noé Jitrik
*Unidad Académica de los Ciclos
Profesional y de Posgrado - CCH
UNAM*

PRESENTACION

Los proemios con que se acostumbra acompañar el tratamiento de la relación entre literatura y política suelen estar investidos de apelaciones a dos retóricas, la de la necesidad y la de la dificultad. La primera, como se comprende, incluye una vibración ética y deóntica puesto que toda reformulación, por el hecho de serla, implica el análisis crítico, por lo tanto se ponen en relieve las deficiencias de las formulaciones pre-existentes, en el entendido de que se debe, de una vez, lograr una formulación adecuada y, en lo implícito, una conducta que sea su consecuencia; la segunda preconiza una humildad respecto a la masa de posiciones tomadas y cuyo prestigio en algunos casos obstaculiza la reflexión, tanto como favorece, en otros, la reconocible inconsistencia de tales posiciones.

No es sencillo situarse al margen de esos dos caminos; ni siquiera es sencillo imaginar la posibilidad de hacerse cargo, más allá de las formulaciones existentes, de la relación en sí misma, independientemente de lo que, de una u otra manera se ha dicho de ella. Ocurre, en todo caso, como en toda situación discursiva, que nos dejamos caer con el deslizamiento que de mecanismos o productos de un imaginario social se produce hacia el discurso que los "dice", aunque lo que ese discurso en principio pretenda sea sólo darles forma, articularlos.

Habrà que tratar de distinguir, entonces, entre la relación de literatura y política, entendida como propia de una zona marcada del imaginario social, y los discursos a que esa relación ha dado lugar, teniendo en cuenta, ciertamente, que el obligado pasaje de esa mar-

ca modela la discursividad si es que no la determina. Tal determinación puede registrarse, sin duda, cuando las definiciones de la relación se hacen canónicas y llegan a poseer un alto grado de institucionalidad: en ese instante el discurso parece inseparable de la institución. Diría, para ilustrar este punto pero también para avanzar un tanto, que la regulación académica, o universitaria, o estatal, que tienden cada una a una reproducción incesante, sino infinita, de un discurso sobre estas relaciones, reifica dicho discurso y produce, correlativamente, un efecto de distanciamiento respecto del instante en que el imaginario social, así sea encarnado en la institución, produjo. Dicho de otro modo, la relación deja en ese caso de ser un interrogante para ser un combate de autoridades o un automático mecanismo de censura. De aquí resulta que si un discurso no entraña las condiciones y garantías para su fragmentación, su proliferación y aun su destitución —y eso es lo que sucede con los discursos regulatorios— se convierte en un “dictado” que al borrar la memoria de un proceso semiótico impide que prosiga la semiosis originaria.

Por cierto, es posible imaginar semiosis “detenidas” o anuladas pero también se puede pensar que eso no tiene por qué detener ni anular las metasemiosis, cuya productividad se alimenta aun de las no-semiosis. Tal vez desde una perspectiva como ésta se pueda regresar a esta cuestión que, frecuentemente, aparece como propia de una escena intermedia, ni muy rigurosa ni muy laxa, con la esperanza de recuperar zonas de semiosis originarias, de modo que, inclusive, el proemio sea otro y las dos retóricas mencionadas no pesen demasiado negativamente sobre el nuevo discurso que toda reformulación prescribe.

Empecemos por hacer notar, entonces, que reiterativamente, con la insistencia de lo no resuelto, se vuelve de tanto en tanto a presentar, como de indiscutible urgencia, el tema de la relación entre literatura y política; en los fundamentos, la ilusión —o la certeza— de que por fin se ha de llegar a una resolución definitiva, en la medida en que tal relación es mostrada como un insidioso problema. Que yo sepa, raramente —o nunca— se dice que se trata no de un problema, con la carga racional que tiene esta palabra, sino de lo que, para progresar un poco, podríamos llamar una “constante” inevitable, cuyos modos, así como los de los discursos que producen, hay que tratar de conocer, como hay que tratar de conocer la vida misma o la vida social o la vida de los signos o la de los códigos o las diferentes semiosis. Sin embargo, esa aspiración a la resolución definitiva (del

problema), que remite a la kantiana imagen de la paz perpetua, implica no tanto el cierre de espinosas divergencias teóricas como, por lo general, la pretensión de ordenar lo que se supone que está desordenado o de hacer dar de sí lo más y mejor posible a una relación que, por deficientemente formulada, produce pobres o viciosos resultados.

Ahora bien, el ámbito en el que con más frecuencia se manifiesta tal urgencia es, predominantemente, el literario, del cual surgen discursos que se añaden a los pre-existentes, los corrigen o los anulan o les permiten reapariciones o resurrecciones; a veces, las menos y más excepcionales, esta relación es objeto de manifestación de una estructura específicamente política, es decir una estructura cuyo discurso pretende abrazar y comprender todas las parcialidades encauzándolas hacia una zona única, regulada por la coherencia.

1. La reformulación en el ámbito literario.

Para entrar en materia conviene hacer alguna consideración sobre este aspecto ambiental y, en primer lugar, el de la literatura. Por comenzar, hay que decir que no en todos los ámbitos de lo que se conoce como literatura se tiene en la mente esta relación entre literatura y política; en estos sectores o ámbitos se vive la práctica literaria como separada y autónoma y si acaso se formula alguna preocupación interdiscursiva se hace en vinculación con el discurso filosófico, en el que se piensa hallar una explicación racionalizada del ejercicio de su peculiaridad, o teórico, que podría iluminar aspectos de la práctica, ya sea en su relación con procesos constructivos concretos, ya en sus alcances semánticos, o con discursos referenciales, históricos o documentales, que sirven de apoyo a operaciones de representación.

Los ámbitos literarios en los que, en cambio, se ha promovido o se promueve este tema, poseen cierto grado de politización, lo cual quiere decir dos cosas; la primera es que, sin renunciar a la literatura, sus miembros se sienten con derecho a intervenir en la política, y la segunda consiste en que, por consecuencia, tienen ya, a priori, una idea sobre el tema. Cuando lo formulan es que, sencillamente, no censuran su surgimiento desde su propia convicción. Pueden o no pertenecer orgánicamente a estructuras propiamente políticas: en los casos más célebres, modernamente el de Sartre en Francia, por no citar más que uno conocido de todos, por lo general están al

margen de ellas. Si esa politización previa no explica del todo que se propongan esta cuestión, pues hay literatos políticos, como José Martí, por ejemplo, que no obstante actuar la relación no hizo formulaciones programáticas sobre ella, el que se haga resulta, invariablemente, de lo que se conoce como "una toma de conciencia", la cual si por un lado responde a presiones sociales de coyuntura, por el otro siempre es traducción de un conflicto situado en un nivel segundo, que afecta desde luego la propia praxis y su sentido como tal en el conjunto de las praxis humanas; me refiero a la relación entre pensamiento y acción que, a su vez, implica preguntas sobre la naturaleza del signo y el orden signico en el que la literatura ejecuta su acción más básica.

Tengan o no que ver, como lo hemos sugerido al mencionar a Martí, con una resolución concreta e inmediata de una práctica política de la literatura o de los literatos, estas formulaciones precognizan una manera de ver las relaciones entre literatura y política que se bifurca en dos grandes líneas; o bien, esquemáticamente, la política aparece reconocida como totalidad y la literatura, como una parte, debe subordinarle su especificidad, o bien, de manera igualmente esquemática, la literatura no debe declinar de nada de lo que le es propio y la política no sólo debe respetar su especificidad sino que, además, debe admitirle un carácter de totalidad que ella no tendría. Esta variante, aun admitiendo la dimensión de la política como digna de una consideración, de alguna manera se reúne con lo que sostienen los sectores que ignoran la existencia misma de la relación y que viven la literatura como una práctica totalmente autónoma; digamos que aquéllos racionalizan la situación de éstos y, por ello, la protegen.

Se podría establecer una especie de cuadro en el que se registrara históricamente la aludida aparición de las tomas de conciencia "reformulativas" por parte de ámbitos literarios; se podría extraer entonces, acaso, alguna conclusión por lo menos acerca de la oportunidad de tal aparición y, correlativamente, se podría tener alguna idea sobre las constantes de la oportunidad; para decirlo rápidamente, es probable que en épocas de conflicto social los escritores conciban más fácilmente la posibilidad de proponer una reformulación, mientras que en los de calma, real o aparente, ese surgimiento se ve seriamente dificultado o bien se produzca un eclipse de la imaginación en relación con este punto. Podríamos matizar aún más la cuestión de la oportunidad puesto que la palabra "conflicto" es

excesivamente general y no da cuenta de la instancia teórico-concreta, al menos en la perspectiva de quienes estudian los procesos sociales y establecen concomitancias: entre lo que ocurre en la estructura de una sociedad y sus manifestaciones discursivas o, para decirlo de otro modo, superestructurales. Diría, traduciendo, que cuando se insinúa en una sociedad cualquiera una política de masas, como en la Rusia de los zares, o en el cardenismo mexicano o la Praga de 1968 o en la Francia del mismo año o en la Argentina de 1973, es como si se dieran las condiciones para que ciertos ámbitos literarios hagan salir al exterior la latente necesidad de una reformulación. En cambio, cada vez que hay un reflujo de esa política, como en la Alemania nazi o durante la dictadura argentina y chilena o durante el franquismo en España, la necesidad de la reformulación se adelgaza y las reformulaciones que no obstante se producen parecen no responder a necesidades históricas de la literatura misma sino a mecanismos de continuidad ideológica o militante que deben compatibilizarse con prácticas sociales en las que tales formulaciones si no del todo extravagantes resultan al menos extrañas o disonantes.

La vía casi ortodoxa de la clase de reformulaciones que obedecen a la oportunidad que he denominado "política de masas" y que, por cierto, responden a una conducta común —reconocer que la política es el todo y la literatura una parte— es, casi invariablemente, la noción sartreana del "compromiso", así esas respuestas sean anteriores a Sartre o, siendo posteriores, no se reclamen herederas de su pensamiento: dicho de otro modo, la literatura debe "comprometerse" con las causas políticas aunque, desde luego, no con cualquiera sino con aquéllas que encarnarían un ideal de liberación o desalienación humana, lo que, por otro lado, constituiría el fundamento del sentido mismo de la operación literaria. Si esto es así, no sería abusivo señalar que esta forma de respuesta, en cuanto implica para la literatura cierta función, tiene algo de la consigna horaciana, cuyo didactismo ha sido si no una revelación de lo que es la práctica literaria al menos una solución atendible para el problema del servicio que cumple el discurso literario en la sociedad. Ahora bien, en los hechos, la salida que este enfoque preconiza supone una idea no ya o no sólo acerca de la "función" de la literatura sino acerca de su relación misma con lo real; en efecto, en la medida en que tal "compromiso" debe canalizarse, con mayor o menor idoneidad en la ejecución propiamente literaria, hacia una "toma" de lo real, a su vez

definido políticamente, la literatura es pensada como invariablemente "representativa"; más específicamente aún, representativa de situaciones que serían en sí mismas muy significativas porque desde la política le serían indicadas a la literatura, ya sea de manera implícita, o meramente sugerida, o directamente solicitada ya sea por una estructura ya por el "sentido común"; de uno u otro modo, tal indicación convierte esas situaciones en lo obligatorio, a veces tan internalizado que llega a ser una suerte de sinécdoque de la realidad misma, operada por la política.

2. La reformulación en el ámbito político.

En lo que concierne a los ámbitos políticos propiamente dichos, es necesario señalar, ante todo, que las formulaciones de sus miembros o voceros pretenden tener una función diferente y, por cierto, otro alcance u objetivo; frente a la conciencia parcializada de los literatos asumen, por empezar, una conciencia global de modo que lo que señalan está de entrada marcado por una actitud enunciativa declaradamente integradora de un todo del que los enunciantes son custodios o sostenedores; su punto de vista es, por lo tanto, diverso y no siempre complementario del de los literatos pero, además, casi nunca está ausente de los enunciados que al respecto producen la idea de que la literatura es susceptible de alguna definición que, aunque implícita, permite advertir y también precisar la función que debe cumplir: función pedagógica o ideológica, o las dos simultáneamente, es en esos terrenos que los voceros de los ámbitos políticos admiten la literatura, sin que jamás —o muy raramente— aparezca ninguna sombra sobre el papel de indicación paternal que la política se destina y se atribuye a sí misma.

Es necesario, también, distinguir en los ámbitos de la política puesto que, en principio e intuitivamente, se puede afirmar que no hay sólo uno en la sociedad aunque, sin embargo, se pueda sospechar con fundamento teórico que una marca estructurante, dada por las instancias del poder, atraviesa y unifica todos los ámbitos políticos, aun los que se oponen en lo inmediato al poder. Tal distinción, aunque tenga una finalidad metodológica, permitirá reconocer sin mayor explicación la racionalidad propia de las formulaciones que haya que considerar. En esa dirección, va de suyo que lo que provenga de una estructura consolidada de poder tendrá un alcance diverso de lo que provenga de una estructura política sin poder o, dicho de

otro modo, será muy diferente lo que provenga de una estructura política capaz de producir un discurso pleno, o sea con capacidad de "hacer actuar", de lo que provenga de una estructura política que sólo puede emitir un discurso de proposición, en el cual el hacer, en términos estrictamente austrianos, es sólo de su propio discurso. El primer tipo de estructura, ya sea estatal, partidaria o sectorial, examina la relación entre literatura y política por lo general intentando regularla, su interpretación de tales relaciones consiste en que el "hacer" es posible pero sólo para la literatura puesto que, como se ha dicho, se reserva para sí integrar ese hacer en una totalidad cuyo cuidado se atribuye. El segundo tipo, en cambio, sólo puede proponer planificaciones de la relación a futuro, ya sea porque en lo inmediato sólo busca hacerse escuchar por el sector literario y trata de presentarse ante él como comprendiendo la legitimidad de sus puntos de vista, ya sea como respuesta o reacción a lo que postulan o realizan las estructuras políticas de poder. Habría, incluso, un tercer sector en el ámbito político: ligado a estructuras políticas de uno u otro tipo, se expresa como estando libre de toda dependencia política, en la convención de estar interesado o preocupado tan sólo por una salida a un problema de interés social; provenientes sus miembros del sector literario, invocan para proponer sus reformulaciones el carácter básico de su situación, o sea la literatura.

3. Entre los dos ámbitos

Si se compara la frecuencia de aparición de reformulaciones no sólo se verificaría que es mayor, lo que ya se señaló, en los ámbitos literarios sino también que en éstos asume caracteres de complejidad vinculados, seguramente, al tipo de enunciador, por lo general un individuo; las reformulaciones provenientes de la política, en cambio, suelen estar determinadas por una ocasión, presentada como muy justificada y social, además de poseer una estructura enunciativa simplificada debida, posiblemente, a que el enunciador, salvo célebres excepciones (Trotsky, Mao, Vasconcelos), es un sujeto colectivo (un partido, una asociación), a veces incluso impersonal, es decir un sujeto cuyo discurso se ha ido construyendo por capas sucesivas (el Instituto Nacional de Bellas Artes, por ejemplo).

Quizá se debería ilustrar con ejemplos todas estas posibilidades de reformulación en uno u otro ámbito con el riesgo de hacer más farragosa aún la exposición pero quizás podamos prescindir de ello

en la medida en que estas reformulaciones, con las que convivimos intensamente, tienen tal poder de evocación que, apenas se mencionan sus términos, se vienen a la mente en tropel aunque sería bueno hacer que el punto se convirtiera en objeto de una investigación rigurosa a fin de que los ejemplos sean más bien punto de partida y material de análisis que mera ilustración.

Sea como fuere, parecería que no se puede prescindir, al hablar de esta relación, de Sartre y de su estructurante figura del "compromiso" que, como ya se ha dicho, indica desde la literatura misma la conducta que debe seguir la literatura respecto de la política aunque, para matizar, habría que tener en cuenta la más olvidada discusión alemana de los años veinte, de la cual surgieron programas ético-políticos para los escritores pero también una praxis, la de Bertolt Brecht, que se proponía hacer una literatura investida políticamente pero dotada de autonomía literaria: dicho de otro modo, en su operación lo político debía y podía ser material imaginario y no tan sólo sobredeterminante teleológico; habría que considerar, en el mismo rango que las figuras precedentes, o incluso en un nivel superior, una interpretación que hace Cintio Vitier de la praxis poética de Martí: aparentemente separadas la poesía de la política, y sin ninguna formulación al respecto, habría una unidad inicial y primaria, un sentido de la "revolución", del que surgen dos corrientes semióticas que no necesitan reunirse mediante ninguna programática.

Desde luego, no menos importante, en una perspectiva de investigación, sería observar las lecturas que se han hecho y se hacen de todos estos comportamientos, que podríamos considerar los más frecuentes y regulares, y el tipo de rechazo o aceptación que promueven, lo que sin duda ofrecería la posibilidad de establecer nuevos cuadros y esquemas, relacionados, en este aspecto, con figuras psicológicas, ideológicas y de conflicto social.

Como último incidente de lo que parece muy propio del ámbito literario, hay que mencionar algo muy actual y, probablemente, muy representativo de una manera de considerar estas relaciones; me refiero a las formulaciones de Octavio Paz, para quien el fenómeno estrictamente literario, la poesía en especial, está fuera de la ideología, razón por la cual no se ve por qué debería subordinarse a la política; en oposición a lo que Vitier cree ver en Martí, no sólo no hay ninguna unidad primaria de la que fluyen o fluirían dos líneas semióticas sino que hay una oposición de naturaleza entre ambas

cuyas consecuencias, según Paz, serían catastróficas para la literatura: en la medida en que la política se impone, la peculiar disidencia que la literatura encarna "per se" da lugar a persecuciones y aun a confinamientos que ponen en evidencia la innata perversidad de políticas que así quieren predominar en la relación. Yo diría que, si la clasificación propuesta al comienzo de este trabajo no es desechada, esta reformulación podría ser puesta junto a las que invierten los términos más habituales, sin ser igual pues, según ella, la literatura estaría más cerca de la totalidad que la política, que sería sólo una reducida pero arrogante parte.

En cuanto a los ejemplos provenientes de los sectores o ámbitos políticos, tengo la impresión de que las reformulaciones implícitas darían lugar a investigaciones más reveladoras que las explícitas. Antes de aludir a tales posibilidades, creo que hay que decir, en relación con las explícitas, que seguramente el siglo XX es más pródigo en reformulaciones que los anteriores aunque también es preciso destacar que habría una cierta fatiga a su respecto en los años que corren; después de *Literatura y revolución*, de Trotski, de la *Carta de Yunan*, de Mao, o del *Mensaje a los intelectuales*, de Fidel Castro, lo que se registra en general son glosas de las líneas de pensamiento contenidas en esos escritos, a cargo por lo general de escritores que se apoyan en citas extraídas de esos y otros veneros jerárquicamente similares.

Pero también es muy posible, por otra parte, que dichos textos sean doctrina o alimento de lo que llamamos reformulaciones "implícitas", enunciadas ya sea por locutores que, individualmente, se hacen cargo de políticas de estado, o bien de locutores políticos que se plantean problemas fuera de ese marco. Pero si hay algo cierto en esto es que el campo de lo implícito es obviamente mucho mayor y más rico que esas dos salidas: es muy verosímil que, diciéndolo o no, estableciendo o no una teoría, cada estructura política con capacidad para hacerlo maneje una idea muy particular y concreta de lo que son o deben ser las relaciones entre literatura y política. Tenemos un buen ejemplo de ello en el México de 1924, cuando el estado se hace editor, de clásicos primero, de contemporáneos después, además de contratar a escritores y pintores para que produzcan de acuerdo a su saber y entender; esa conducta, que en su aspecto declarativo es liberal y genérica, expresa una línea interpretativa que veremos aparecer también en otros países y estados, mediante

sistemas de protección, de concursos, de cargos públicos o de créditos financieros.

En la Alemania de los años 30, en cambio, hubo otra interpretación que llevó a parapolicías y policías, agentes todos de un estado políticamente reformulado, a quemar libros, en la convicción de que su mera existencia atentaba contra superiores intereses político-religiosos; tuvimos algunas reapariciones de esta reformulación implícita en la Argentina recientemente: al quemar libros la dictadura debía estar interpretando que velaba por la totalidad del cuerpo social amenazado por una subversión seguramente protegida por tales incinerables textos.

Hay aún una tercera conducta en el campo de lo implícito; es la mera y ortodoxamente liberal, según la cual uno de los términos de la relación es cierto, demostrable y seguro, el del complejo interés de una comunidad, en suma lo que llamaríamos "política", que vela por todos los campos de la producción y trata de articularlos; el otro término es incierto y su situación no sería más privilegiada que la de otros campos o sistemas, razón por la cual sus productos no valen más que otros y no es necesario ocuparse de ellos, ni protegiéndolos, ni atribuyéndoles una función, ni planificando sus relaciones con otros sectores; en esta reformulación, la literatura es abandonada a su suerte mientras que la política ratifica lo que se viene diciendo de ella desde Aristóteles: es el regulador espontáneo y natural de las fuerzas de una sociedad.

4. La relación literatura y política desde otra metodología

El tema, como quizás se vea, está muy cubierto y poco más habría que añadir, salvo el hecho de que sea raro que una instancia académica asuma en frío, urgida tan sólo por un interés científico, una reflexión sobre este asunto. Lo que, a la inversa, suele suceder es que las instancias académicas, presionadas en un sentido más general por atmósferas o acontecimientos externos, se ocupan de este asunto porque no tienen más remedio y, al ocuparse, evitan cuestionamientos mayores; en esas condiciones admiten, para encararlo y sin poner mayores condiciones, las propuestas o formulaciones o reformulaciones que vienen sobre todo de los ámbitos políticos. Podría, por lo tanto, tener mucho interés considerar el punto más allá de lo que los sectores directamente implicados en el sintagma proyectan sobre él, siempre que la mira o el objetivo no sea, solapadamente,

inclinarse con el peso universitario la balanza en favor de alguna de las respuestas previsibles; al contrario, lograr un nivel superior de problematización ayudaría, por una parte, a hacer que el debate exterior cuente, en lo inmediato o inmediateamente, con más elementos de juicio puesto que el debate es permanente y los problemas que suscita la relación constantes y, por la otra, a que puedan ponerse a prueba, al menos, elementos teóricos y metodológicos que parecen tener una situación cómoda y ventajosa para otros temas y en otros campos.

5. Literatura y política como prácticas discursivas.

Uno de los puntos de partida de este trabajo ha sido que al considerar esta relación se mezclan dos planos. Uno es el de las respectivas prácticas, literatura y política; el otro es metadiscursivo y sobrepone a la relación concreta entre ambas prácticas elementos que provienen de su propio campo o necesidad. En cuanto al primer aspecto se puede decir que cada una de esas prácticas es, a su modo, una práctica discursiva, que se realiza como tal en las condiciones que le son propias y que, como discurso-objeto, posee una teoría o suscita una teorización; señalemos, ante todo, que es muy probable que tales teorizaciones, por ser igualmente discursivas, tramen con el discurso-objeto relaciones de interdiscursividad y, que, recíprocamente, las prácticas hagan lo mismo, es decir que incluyan la teorización que las explica. En cuanto al aspecto metadiscursivo, diré que actúa en el entendido de que los elementos que sobreponen a la relación entre las dos prácticas surgen natural y espontáneamente de tal relación.

Quisiera ahora, puesto que ya hice de él una exposición algo exhaustiva, dejar de lado el aspecto metadiscursivo para tratar de dar algunos rasgos de las prácticas mismas y de su relación desde una perspectiva eminentemente discursiva. Ahora bien, antes de trabajar sobre la relación, conviene establecer las particularidades, para lo cual voy a partir de las diferencias que se pueden registrar entre ellas.

a- La práctica política

La política puede ser considerada una práctica discursiva en un doble sentido: porque recurre a discursos y se identifica con ellos

para llevarse a cabo y porque implica, a través de ellos, o aun antes que ellos, la persecución de un efecto o resultado tendiente a una acción en una situación dada, verbalizable o no. Desde luego, es ya tradicional la mistificación según la cual, teniendo en cuenta sólo los efectos, y dejando de ver lo que está más allá de este momento, la política es considerada como el sinónimo mismo de la "acción", por oposición al uso de la palabra que, en el mismo gesto valorativo, aparecería como un no-valor. Sin embargo, la política no sólo es una actividad básicamente discursiva sino que, por añadidura, encarna casi a la perfección lo que podemos considerar como discurso por definición, a saber, un sistema de operaciones verbales, determinadas por circunstancias verbales o no verbales y que tiende a perseguir un efecto, no verbal o verbal.

Considerando este último aspecto, el resultado discursivo de la práctica política aparece en la producción de leyes o el dictado de normas o la creación de tradiciones o la formación de ejemplos a seguir; en cuanto al otro, el no verbal, se traduce en acciones físicas que comprometen los intereses, la forma de vida y aun la vida misma de otros; la famosa estampa que muestra a Louise Michel encabezando, sin palabras, pero con signos que encapsulan un discurso, a una multitud que, en virtud de tales signos, va a enfrentarse con los fusiles del orden que están allí movidos por otro discurso, es suficientemente elocuente e indica bien el alcance de esta idea.

Ahora bien, si a través de su efecto la política procura una acción con y sobre los otros, su esquema discursivo se articula, consecuentemente, como una "interlocución" que puede ser de dos tipos; o bien nivelada - en el sentido de que funciona como un equilibrado aparato comunicativo sin alteraciones de lectura en la relación "yo" y "otros" - o bien desnivelada - en el sentido de que el "yo" pone en los otros exclusivamente un "deber ser" de una acción probable -.

Considerando tan sólo estos rasgos iniciales no es de extrañar que el alcance de la práctica política sea tan universal —más allá de etimologías—, puesto que desde esa interlocución construye incesantemente un modelo que no sólo ha logrado ser una abstracción especializada de la práctica social en su conjunto —la "política profesional"— que incluye los fines mismos que perseguiría la sociedad, sino que se ofrece, como modelo, a toda la restante discursividad y, en ocasiones, está aun en capacidad de imponerlo. Este doble movimiento tiene, a su vez, consecuencias en el terreno más específico de las "marcas" discursivas, las cuales son bien conocidas o están ya

bien establecidas aunque, desde luego, lo están en el acotado terreno de los discursos políticos verbales y especialmente en aquellos que, en la tipología, aparecen como fácilmente identificables ya sea a causa del locutor, considerado a priori "sujeto político", ya del lugar, admitido a priori como "escenario político", ya de los textos, establecidos como referentes característicos o fundacionales.

Aludiré ahora a dos, tan sólo, de las mencionadas marcas, que me parecen principales: la estructura argumentativa y el carácter sinóptico de la afirmación/negación.

La argumentación, que ha sido muy estudiada en sí misma y en el discurso político, parece vincularse a o proceder de un modelo oratorio y de espacio público, lo cual no confiere a su concepto un estatuto de carácter racional aunque sí permite entender, en cambio, que dé lugar a retóricas diversas: la argumentación puede, en tal sentido, ser causalista, amenazante, rogativa, persuasiva, etcétera, siendo muy raro que todas estas retóricas se manejen por separado y, en cambio, habitual que se interaccionen.

El carácter sinóptico de la afirmación/negación puede ser aun más importante porque determina no sólo el comprensible carácter pedagógico del discurso político sino aun su identidad como discurso, en la medida en que, proponiéndose a sí mismo como discurso de la totalidad, no podría sino ser el discurso de su continuidad misma; dicho de otro modo, es casi impensable que una comunidad no aspire a perdurar y esa aspiración, que es fundante, tiene un signo positivo que impregna su discurso: el más impregnado de todos sería, según ese razonamiento, el político, así tienda, mediante su argumentación, a oponerse a un orden discursivo que asuma esa perduración social —su interés— como contenido explícito.

Pero, aun si esta marca sugiere que el discurso político es algo semejante a un constructo muy cercano al sentido mismo que posee la estructura social, la argumentación está a su turno intrínsecamente vinculada a sus procedimientos productivos y esto es igualmente básico pues un discurso es su realización y en la del político, que como lo señalé sería casi la discursividad por excelencia, la argumentación es lo que lleva, diría que inmediatamente, al campo de los "efectos" perseguidos.

Ahora bien, en cuanto a los "efectos", quiero señalar que se los puede examinar con una teoría de niveles, el primero de los cuales y el más perceptible, que parece determinado por la relación de interlocución "yo"/"otros", es el del "convencimiento" acerca de una "ver-

dad". Como quedarse en ese nivel y reducirse a él sería más propio del discurso religioso, este primer nivel es la condición para un desarrollo que culmina en la producción de una suerte de "vacío ilocutorio", expresión con la que quiero decir que, luego que el locutor ha logrado un convencimiento, el otro, el convencido, "tendría que..."., esto es, no ya y solamente adherir al proceso argumentativo, sino a las razones preliminares que lo desencadenaron y que, a raíz del convencimiento logrado, acaban de esclarecerse y, más todavía, "tendría que obrar en consecuencia" y en el sentido indicado por la argumentación. En consecuencia, la argumentación no se limita a estructurar el aspecto verbal del discurso político sino que construye el camino para una acción.

Por último, la argumentación en el discurso político está, correlativamente, al servicio de un deslizamiento permanente del orden de la enunciación al del enunciado en el sentido de que un "yo" quiere lograr efectos procediendo de modo tal que todo tienda a parecer marcado por el enunciado en toda su gravedad, como si, vertiginosamente, hablara por su boca el referente y el sujeto de la enunciación fuera tan sólo su vehículo, su médium.

b. La práctica literaria

Más allá, aparte y en contra de caracterizaciones o definiciones metafísicas o funcionales, pareciera no haber dificultad en admitir que la literaria es una práctica de carácter directamente verbal, oral y escrita, aunque haya, desde luego, "algo más". Dicho de otro modo, los hechos que la literatura produce son verbales, por lo tanto discursivos y, para ser reconocidos como literarios, se debe haber cumplido con ciertos requisitos para producirlos o ellos mismos deben implicar su cumplimiento; en suma, tales objetos deben formar parte de un orden que designamos como literatura, un orden discursivo en principio diferente de otros órdenes discursivos y, en el tiempo, diferente de sí mismo.

Una de esas diferencias reside, probablemente, en el "medio" de producción, en este caso la lengua, lo que significa que el discurso literario no verbalice, como otros, sino que sea verbalidad; siendo su punto de partida, la lengua es, igualmente, su punto de llegada y, por lo tanto, lo que importa es justamente lo que va de un punto a otro, el transcurso, un arco que se tiende en la lengua misma y que es lo que llamamos "escritura".

Por otro lado, viendo las cosas desde su efecto discursivo, puesto que, como discurso, no puede no promover una acción, la literatura puede ser situada en dos campos diferentes de acción; yo diría que el primero y el más inmediato es el de un "hacer como", es decir producir otro discurso del mismo carácter, y el segundo, en cambio, se comprende en un orden dialógico y reside en lo que puede ocurrir una vez que se ha admitido que entrega una "visión de sentido" que caracteriza, por su lado, la materia del efecto. En consecuencia, lejos de limitarse a redoblar o a reiterar tan sólo la cualidad de su medio, la lengua, el discurso literario, como todos los discursos, induce a acciones, una posible y otra probable, la primera por indicación, la segunda como resultado de interpretación. Más aún, esas dos acciones preparan el campo para un "cambio", que describiría como una alteración en el equilibrio que mantiene el saber. Dicho de otro modo, quien experimenta una emoción estética —para mencionar lo más socorrido del efecto literario— cambia, lo mismo que el que experimenta una emoción moral o intelectual. Por supuesto, no puede predecirse la forma que asumirá dicho cambio, aunque la más corriente —la probable— es la que se da en el plano del uso del lenguaje y los modos del pensamiento, o sea el "cambio cultural" cuya virtud, sea dicho al pasar, consiste en que hace presente todo el sentido de la cultura; ello hace que, entiendo, la literatura sea una pieza indispensable en la enseñanza y aún antes, en el juego infantil.

Parece absurdo, o positivista, pretender reducir a sistemas de marcas precisas al discurso literario; si, justamente, lo que lo caracteriza es una pluralidad de marcas, las cuales operan en un conjunto que, en forma de retóricas, está a su disposición como lo previsible, también hay marcas imprevisibles, todavía no a la disposición pero que prueban, cuando se manifiestan, su legitimidad de marcas y aun su capacidad de inaugurar nuevas retóricas. Es cierto que, históricamente, no siempre se dio una gran movilidad entre marcas preexistentes y marcas imprevisibles pero también lo es que dicha movilidad específica notablemente el discurso literario, a diferencia de lo que ocurre en otros que admiten dificultosamente marcas nuevas y, por lo mismo, tardan en dejar aparecer nuevas retóricas. Además, si bien las vemos como conjunto, tales marcas se hacen sistema y son, como tal, la base de las tipologías del discurso literario; ello obliga, naturalmente, a nuevas precisiones pues cada tipo genera o resulta de retóricas características que, a su turno, reproducen el movi-

miento de preexistencia e imprevisibilidad; me refiero, desde luego, a los géneros y subgéneros.

No obstante la diversidad con que se presenta el discurso literario, hay algo más que decir en cuanto al momento de la "escritura", tan central; diría que, como momento, es de "plenitud ilocutoria", de lo cual extrae no sólo su fuerza sino también su identidad: su decir es su hacer, su hacer es decir, razón por la cual no se le puede atribuir que busque convencer ni demostrar; lo único que quizás busque es ser admitido, pero legítimamente, como particular, por las restantes prácticas sociales, aunque sin renunciar a que tal particularidad esté en algún punto por arriba, iluminando su sentido, de todas las prácticas sociales. Su "plenitud ilocutoria" consistiría, en otro nivel, en un "no-hacer" concreto que da lugar, de manera diferida, a acciones en órdenes diversos e imprevisibles, tanto como las retóricas a que puede apelar.

Por otra parte, en razón de su mayor porosidad a las nuevas retóricas que puede admitir, está más sometido que otros discursos a lo que podríamos designar como "desgaste histórico" en relación con las viejas; éstas, sin que los discursos ya producidos se anulen —puesto que son reanimados por la aparición en su seno de otras nuevas— dejan semióticamente de operar, aunque sin desaparecer. Se observará, por lo tanto, en los discursos que conservan su vigencia, que mientras unas retóricas devienen "insignificantes" hacen aparición otras, que estaban ocultas, lo cual hace que la lectura del discurso literario sea también peculiar: es simultáneamente la lectura del discurso ya producido, y, en su propia materia, de la posibilidad de producir discurso nuevo; diría que la lectura del discurso literario es de una "inminencia".

En otro, aunque fundamental aspecto, hay que señalar que la interacción en el discurso literario entre enunciación y enunciado tiene un comportamiento que, seguramente, inviste también a los otros discursos, aunque de manera esporádica, o errónea, o por deliberación. Veremos este punto desde el ángulo de la lectura que, después de todo, algo tiene que ver con los discursos; pues bien, la que con más frecuencia se hace de los literarios, la lectura más corriente, radica en el campo del enunciado —contenidos, mensajes, valores, imágenes, realidad, etcétera—; de aquí se saca que este orden es equivalente al referencial en general, en el cual debemos distinguir al menos tres aspectos: la referencialidad como tendencia a la transcripción, el referencial-ficticio, como voluntad de inventar

el referente y el antirreferencial, como intención de anular o neutralizar el referente; diremos, por esta razón, que por la puerta de entrada del referente penetra en el discurso el "saber" concreto de existencia pre-textual, en los dos niveles posibles, el del referente propiamente dicho, o sea como la experiencia del "saber", y el del referido, o sea las operaciones —algunas "presabidas", otras "ahora sabidas" — a que es sometido el referente para conformarlo como enunciado; dichas operaciones, como aplicación de un saber sobre otro, en la medida en que vienen del exterior, implican también el ingreso de lo ideológico en la semiosis literaria. Ahora bien, en el discurso literario (narrativo, poético y aun teatral o, como se dice ahora, textual), más que en ningún otro, el orden de la enunciación no sólo no se desliza en el enunciado sino que crea instancias discursivas, como la situación dialógica o la acción ordenadora del "narrador" o del "yo" poético-lírico, o mecanismos de puesta en marcha verbal en el interior mismo del discurso como, por ejemplo, el "incipit" y, en fin, la básica economía espacializante, lo que con otras palabras podríamos designar como la cosmética o la articulación, nada de lo cual desaparece en el enunciado sino que la distinción de su perfil es una condición o una garantía de la distinción del discurso, no tan sólo la presencia de la "subjektividad", como una dialéctica entre enunciación y enunciado que en otros discursos es más débil o tiene otro carácter.

c. Relaciones entre los dos discursos

Puestas entonces las cosas de este modo, práctica política y práctica literaria se manifiestan por medio de actividades discursivas que reclaman, cada una, un perfil y una identidad; ello no quiere decir, de ninguna manera, que no pueda haber desplazamiento de una u otra ni que no mantengan relaciones entre ellas.

En cuanto a los desplazamientos, no sorprenderá a nadie que se admita con frecuencia que textos concebidos inicialmente como políticos puedan ser, al cabo de una conversión producida por el tiempo, vistos como literarios; es muy posible que estos desplazamientos descansen sobre un mecanismo de "pérdida paulatina" de marcas y "lenta adquisición" de otras, movimientos ambos que tienen que ver decididamente con la lectura y las condiciones que la rigen. Es más raro que se produzca lo contrario aunque, en cambio, no es infrecuente que textos concebidos inicialmente como literarios empiecen a ser leídos como documentales, si no plenamente al menos de ma-

nera auxiliar, o como vinculados al discurso histórico o científico.

Todos estos desplazamientos, que permitirían relativizar definiciones demasiado rígidas de ambos discursos, son de todos modos menos importantes que las relaciones que ambos discursos, y por extensión todos, mantienen entre sí; para considerar este punto recurriremos a la idea de los "modelos", cuya acción puede ser vista en un doble sentido.

En una primera dirección, diríase que el discurso político suele ser más sensible al modelo que presta el discurso literario que a la inversa: muchas de sus retóricas características son tomadas en préstamo, declaradas o tácitamente, por razones de eficacia, la cual, a su vez, tiene en cuenta lo que importa socialmente en determinado momento; así sucede con la teatralidad o la recitación en el discurso parlamentario o de barricada aunque, desde luego, tales retóricas pueden ser abandonadas en favor de otros modelos provenientes de otras prácticas discursivas, como la militar, la religiosa o la deportiva.

En cambio, el discurso literario toma del discurso político, más que modelos estructurantes, elementos referenciales o de intención que se hacen presentes en el orden del enunciado; habría que ver, sobre todo en la literatura de tipo realista, si se da una estructuración que, contra la observación precedente, provenga efectivamente de un modelo de discurso político; en discursos literarios que se ponen fuera de esa tendencia, el poético en particular, puede observarse que en ocasiones recurren a una semiótica de contraste absoluto, tal como nos lo muestra la poesía hermética italiana, en admirable gesto de resistencia, comparada con la explícita vocinglería del discurso fascista.

Respecto de la segunda dirección, y a partir precisamente del ejemplo que se acaba de proponer, quiero señalar que el discurso político, como manifestación directa de una circunstancia política, ejerce en los hechos un alto grado de determinación sobre el literario, lo obliga a realizar por lo menos dos movimientos básicos, la oposición o el plegamiento; de este modo, un discurso político predominante, el de una dictadura por ejemplo, radicaliza el discurso literario que, en principio, muy difícilmente puede seguir siendo igual a lo que era en el momento en que el discurso político no ejercía presión, con independencia de si en los cambios que se produzcan eso resulte bueno o malo; es claro que una u otra de las respuestas a la presión reclama para sí semiotizaciones tan diversas como modos

de soportar la presión lo que, tan sólo por lo extraordinario, pone de relieve o en evidencia que esta situación es regular, aunque no revista caracteres dramáticos; en momentos de dictadura nadie es indemne a la omnipresencia del discurso político y sus efectos de censura y control deciden que el ruido o el silencio integren en mayor o menor proporción un discurso, ya que el simple uso de la palabra, en la ilusión de la autonomía, no es posible: vocinglería superficial o espiral de ocultamiento o, como alternativa para escapar de la presión, normalidad clandestinizada o exiliada. O, en el plano del enunciado, instauración de una dominante, ya sea de enfrentamiento, ya de sumisión semántica. Desde luego que no se puede expedir un juicio de tipo valorativo sobre los resultados que para la cultura implica este conjunto de posibilidades; lo que sí indica es que la relación entre los dos discursos es una constante alimentada por el imaginario social a través de diferentes figuras que ordenan su economía, tanto la simbólica como la real.

6. Lo común a las dos prácticas

Después de un deslinde entre "discursos de la reformulación de la relación literatura/política" y "relación entre dos prácticas discursivas", y luego de haber establecido algunas diferencias, ahora correspondería, en un gesto de completamiento dialéctico, describir las semejanzas que pudieran existir entre dichas prácticas; desde el momento en que, sea como fuere, se han apuntado algunas en el transcurso del trabajo, podría ser más procedente referirse a lo que tienen en común como prácticas, con el objeto de encarnar, si es posible, todo el esquema, y disminuir el riesgo de que se considere que expresiones tales como "práctica", "semiosis", "discurso" son abstractas y que, siendo la "realidad" otra cosa, emplearlas no puede ser sino con el avieso propósito de eludirla y, con ello, volviendo a fojas cero, rehuir el "compromiso".

Entonces, y como último momento de este trabajo, me animo a señalar que lo común a literatura y política es, precisamente, que son "prácticas" y, como tales, constituyen canales por donde fluye una general semiosis social que organiza de modos diferentes lo que requiere el imaginario social. Quizás, desde un punto de vista metaafísico, la práctica discursiva literaria puede no ser indispensable, si sólo dios o la esencia lo son, y podría por ello ser reemplazada por

otras, y lo mismo podría ocurrir con la práctica discursiva política; el hecho de que se haya encontrado estos caminos para dar cauce a la semiosis social, y con ello dar cuenta de su necesidad, sólo puede ser explicado, dados los medios de que disponemos, por el sentido que, desde alguna parte, se atribuye a las respectivas maneras de concebirlas: desde este sentido se relacionan con la unidad semiótica en la que se originan.

Esta expresión, unidad semiótica, no tiene nada de platónica; para disipar cualquier equívoco al respecto diría que es equivalente de "globalidad" semiótica que, acaso más claramente, recubre la totalidad humana, antes y después de ser social, antes y después de la organización en discursos de la semiosis social. Ahora bien, la totalidad humana no es inerte y antes y después de organizarse por medio de sistemas está recorrida por pulsiones, como la del encuentro o antagonismo o relación "yo"/"otros", que son, precisamente, los núcleos que buscan un orden y de los que van saliendo los sistemas. Lo que designamos como "sociedad" no es esa totalidad humana sino el conjunto de sistemas que la ordenan y, ciertamente, en una instancia posterior, sus prácticas discursivas mediante las cuales tanto la sociedad como cada uno de sus sistemas y, finalmente, la totalidad humana, intentan entenderse, indagarse, conocerse, modificarse, interpretarse, protegerse, reordenarse, etcétera.

Y si bien todos estos gestos pueden describirse en particular, distribuyéndose y al mismo tiempo configurando la trama de la totalidad de los juegos verbales, hay algo que los vincula y los articula en la medida que cada uno y entre todos dan sentido a la sociedad o, visto de otro lado, hacen que la sociedad perciba su sentido; llamaré "politicidad" a ese elemento común y unitivo, que, por consecuencia, no puede estar ausente de ninguna de las prácticas discursivas, ni siquiera de la conocida como "política".

Ahora bien, la "politicidad", en la que no pienso como los formalistas pensaban en la "literaturidad" sino más bien como de Saussure pensaba en la "lengua", puede ser concebida como un sistema semántico general que tiene, al igual que los sistemas semánticos restringidos, momentos de cristalización, figuras significantes que, al relevar el discurso que las contiene, producen en ese discurso una indicación para otros discursos, al mismo tiempo que declaran que la politicidad está presente como el sentido mismo de la acción humana. Cierta discurso, por lo tanto, predomina, como depositario, pero ello no quiere decir que la politicidad se haya retirado de los

restantes; sigue presente, así sea atenuada, invisiblemente. Visto históricamente, este esquema nos permite apreciar variantes en la dominación discursiva y considerar que en diversos periodos el discurso religioso cubre al político, aparentemente inexistente o muy poco perceptible y que, por el contrario, en otros, el discurso político es omnipresente y opaca a los demás, mientras que el literario predomina, como vehículo de la politicidad, sobre el discurso religioso, el militar y el político en momentos y lugares, en tanto que el tecnológico, como ahora, encierra al político y así siguiendo. Esto abre el camino a una posibilidad de lectura de la politicidad, que podría distinguirla en todos los discursos y en las relaciones entre ellos, sin necesidad de quedarse en sólo uno en particular, el político, a cuya relación con el literario hemos intentado acercarnos y de la que al mismo tiempo nos hemos ido alejando.

La politicidad, dicho sea como conclusión, está por consecuencia en todas partes y alimenta todo tipo de formulación humana, en todos sus niveles; se produce a sí misma en el discurso que privilegia para darse forma y se reproduce en el claroscuro del juego interdiscursivo, estructura sus códigos y los reestructura incesantemente, pero no realiza toda esta actividad en sí y de por sí sino a través de mediaciones, por momentos, en instancias intermedias que no sólo implican la presencia fragmentada del sentido sino la condición misma de la conformación de cada discurso. Llamaré a tales instancias intermedias "ideología" y a su acción conformadora "acción ideológica", en la certeza de que se comprenderá que no se trata de un pasaje directo y mecánico de la politicidad a la ideología, como dos estamentos, sino que es la manera particular de encarnarse de la politicidad como resultado del juego de fuerzas sociales, lucha de clases, por ejemplo, lo que da lugar a la ideología que gravita en la conformación de los discursos.

Desde luego, este aspecto debería ser presentado con mayor abundancia y exhaustividad y su aparición final no es un simple recurso para "quedar bien". Se trataría, previendo un programa de desarrollo de sus notas, de que se añada a los restantes elementos puestos de relieve para que la lectura de la acción ideológica conduzca a la lectura de la presencia de la politicidad en todos los discursos, literarios o políticos, y aun de las estrategias, incluidas en cada discurso, tendientes a disminuir o aumentar dicha presencia; porque si bien la politicidad es ante todo involuntaria y, por ello, no puede ser objeto de adopción ni de renuncia, bien puede lo involuntario perder

algo de ese carácter y aparecer como decidido y, a la inversa, acentuarse hasta el balbuceo inorgánico, lo mismo que, en relación con su imprescindibilidad, puede ser objeto de transacciones o de utilización, de tentativas de borramiento o de enceguedora iluminación, todo ello mediante usos apropiados y ya conocidos en el análisis del discurso. Todo lo que en torno de y sobre la politicidad puede construirse no sólo se escenifica en la práctica discursiva sino también, y sobre todo, en la lectura que se hace de ella, y que intenta ser, sobre todo en las lecturas que niegan la acción ideológica, considerada como la visión homóloga de las prácticas propiamente dichas.

Noé Jitrik es profesor e investigador en la Unidad Académica de los Ciclos Profesional y de Posgrado del CCH, UNAM. Es autor de *Contradicciones del modernismo*, El Colegio de México, 1978, *La lectura como actividad*, Premiá, 1982 y *La memoria compartida*, Universidad Veracruzana, 1982. Su último trabajo publicado es *Las armas y las razones*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.